

Verdad, libertad y universidad

Francisco Fernández Labastida

¿Cuál es la naturaleza y la misión de la universidad? ¿Qué distingue un ateneo universitario de un centro de investigación avanzada, o de una escuela profesional? ¿Qué significa en el siglo XXI “hacer” universidad?... Éstos son interrogantes de capital importancia para quienes ahora están comprometidos en la aventura universitaria, que ya dura más de nueve siglos, desde que en el año 1088 surgiera en Bolonia la *Alma mater studiorum*.

Encontrar una respuesta orientadora no resulta una tarea sencilla¹. Se trata en el fondo del humano interrogarse sobre el sentido del propio quehacer. Sin embargo, para hacerse estas preguntas se requiere una cierta madurez y desarrollo, tanto personal como institucional, fruto de una historia en la que se han encontrado problemas y dificultades. La respuesta que les demos no sólo afecta al sentido presente de nuestro trabajo académico, sino también al futuro de la empresa universitaria misma. La tesitura actual de plena inmersión en la Postmodernidad nos pide tener claro qué es la universidad, para qué existe, pues si ésta no encuentra el sentido de su actividad, ¿para qué seguir existiendo?

Al momento del nacimiento y durante sus primeros pasos en la Edad Media, los protagonistas de esta gesta no se planteaban el problema de modo explícito. En las circunstancias históricas del momento, simplemente nacían y se desarrollaban las estructuras que vertebran la vida y del trabajo universitarios —a través de un modo nuevo y peculiar de interacción entre estudiantes, profesores, autoridades civiles y eclesiásticas—, dando satisfacción a las necesidades científicas y educativas de la época². Cuatro siglos más tarde, el Renacimiento y la Modernidad

1 Para hacerse una idea de la multiplicidad de perspectivas y aproximaciones que se han ido acumulando a lo largo de la historia acerca del tema “universidad”, se puede ver como ejemplo la colección de definiciones que *El Observatorio de la Universidad Colombiana* ha reunido en una sección de su página web: *Universidad: 161 definiciones*, en <URL: http://www.universidad.edu.co/index.php?option=com_content&view=article&id=361:-universidad-157-definiciones&catid=41:universidad-104-definiciones&Itemid=192>, consultado el 18 de agosto de 2013.

2 Quien esté interesado puede hacerse una idea de la historia de la universidad consultando las voces “Universidad” y “Universidad medieval” de la Wikipedia en castellano (<http://es.wikipedia.org>). En cambio, un estudio histórico profundo y detallado de esta institución es posible gracias a la obra colectiva *A History of the University in Europe*, editada por Hilde de Ridder-Symoens (vols. I y II) y Walter Rüegg (vols. III y IV), publicada entre

supondrán un número tal de cambios socio-culturales que pondrán en crisis a la universidad, y la forzarán a interrogarse por el sentido global de su tarea, para poder adaptarse a las nuevas circunstancias.

En los siglos XIX y XX un buen número de intelectuales y pensadores universitarios, de gran talla humana y espiritual, se han enfrentado a estas preguntas. Entre ellos podemos señalar a Wilhelm von Humbolt³, John Henry Newman⁴, Alfred North Whitehead⁵, Jacques Maritain⁶, Karl Jaspers⁷, José Ortega y Gasset⁸, Romano Guardini⁹ y Juan Pablo II¹⁰. Aunque a veces sus reflexiones acerca de la naturaleza y la misión de la universidad se encuentren condicionadas por las cir-

1992 y 2011 por la Cambridge University Press.

- 3 Filólogo romántico y ministro de educación prusiano (1767-1835). Este pensador no escribió una obra que reúna en modo sistemático o ordenado sus reflexiones sobre su idea de educación y su necesaria reforma a todos los niveles en Alemania. Un estudio especializado sobre este tema se encuentra en D. BENNER, *Wilhelm von Humboldts Bildungstheorie*, Juventa, Weinheim 2003³.
- 4 Teólogo anglicano convertido al catolicismo (1801-1890). Fundó la Universidad Católica de Irlanda (1854). Fue creado cardenal por el Papa León XIII en 1879, y beatificado por Benedicto XVI en 2010. Sus reflexiones sobre la universidad han sido recogidas en J. H. NEWMAN, *The idea of a university: defined and illustrated: I. in nine discourses delivered to the Catholics of Dublin, II. in occasional lectures and essays addressed to the members of the Catholic University*, Loyola University Press, Chicago 1987.
- 5 Matemático y filósofo angloamericano (1861-1947). Escribió varios ensayos acerca de la educación, que han sido publicados en A. N. WHITEHEAD, *The Aims of Education and Other Essays*, Free Press, New York 1985.
- 6 Filósofo francés converso al catolicismo (1882-1973). Su pensamiento acerca de la educación ha sido reunido en J. MARITAIN, *Pour une philosophie de l'éducation*, Fayard, Paris 1959.
- 7 Psiquiatra y filósofo alemán (1883-1969). Su conocido estudio *La idea de la universidad*, publicado por primera vez en 1923, es una de las fuentes principales de inspiración del presente trabajo. En estas páginas utilizaremos como referencia la última edición de esa obra: K. JASPERS – K. ROSSMANN, *Die Idee der Universität*, Springer, Berlin-Heidelberg 1961.
- 8 Filósofo español (1883-1955). Su ensayo específico sobre la institución universitaria, publicado por primera vez en 1930, se puede consultar en J. ORTEGA Y GASSET, *Misión de la universidad y otros ensayos sobre educación y pedagogía*, Alianza Editorial, Madrid 2004.
- 9 Teólogo católico italo-alemán (1885-1968). En 1954 publicó un ensayo acerca de la responsabilidad de la universidad junto con escritos sobre el mismo tema de dos intelectuales alemanes del *Instituto de investigaciones sociales (Institut für Sozialforschung)* de Frankfurt am Main: R. GUARDINI – W. DIRKS – M. HORKHEIMER, *Die Verantwortung der Universität*, Werkbund-Verlag, Würzburg 1954.
- 10 Karol Wojtyła, Papa y filósofo polaco (1920-2005). No publicó ningún ensayo u obra específicos sobre la universidad. Sus reflexiones acerca de este tema se encuentran sobre todo en los discursos que hizo en encuentros con innumerables comunidades académicas de todo el mundo. Una excelente exposición del concepto de universidad de Juan Pablo II se encuentra en G. TANZELLA-NITTI, *Passione per la verità e responsabilità del sapere: un'idea di univer-*

cunstances históricas y culturales en las que les tocó vivir, sin embargo son una fuente perenne de inspiración para la tarea universitaria. En estas breves páginas no pretendemos ni siquiera esbozar una respuesta de conjunto para enfrentar los actuales desafíos de esta institución, sino reflexionar sobre un aspecto fundamental de la labor de la comunidad universitaria: la búsqueda de la verdad en un clima de responsable libertad. Para llevar a cabo esta tarea nos apoyaremos sobre todo en ideas desarrolladas por Karl Jaspers, Juan Pablo II y Benedicto XVI.

1. La pasión por la verdad

La universidad es una expresión histórica, es decir, concreta y específica, de la sed de verdad —conocimiento de Dios, del mundo y de sí mismo— que embarga al hombre desde los albores de la civilización. En su ensayo sobre la naturaleza de la universidad, Karl Jaspers no duda en definirla como «una comunidad de estudiosos y de estudiantes empeñados en la tarea de buscar la verdad»¹¹. En sintonía con este intelectual formado en la tradición luterana y yendo más allá de la génesis histórica de la institución universitaria, Benedicto XVI apuntaba al espíritu socrático como su origen último en un discurso preparado en 2008. Para el papa teólogo, la universidad nace en el fondo del «afán de conocimiento, que es propio del hombre. Quiere saber qué es todo lo que le rodea. Quiere la verdad»¹². Veintiséis años antes, en su discurso al claustro de profesores de la Universidad de Bolonia, Juan Pablo II había caracterizado de modo semejante el quehacer universitario, al afirmar que es «pasión (...) por la verdad y por el hombre; mejor aún: por la verdad del hombre»¹³.

Ahora bien, a lo largo de la historia la búsqueda de la verdad se ha plasmado en modos distintos en las diversas culturas y civilizaciones. La universidad es uno de ellos. Pero no es una manifestación necesaria de esta pasión, o sea, no es una institución que surge de modo espontáneo por el simple hecho de que en un tiempo y lugar existan hombres. Más bien todo lo contrario. Aunque a los oídos políticamente correctos pueda sonar arrogante y etnocéntrico, las condiciones en las

sità nel magistero di Giovanni Paolo II, Piemme, Casale Monferrato 1998. Además, en este ensayo Tanzella Nitti hace una interesante introducción histórica a la institución universitaria, presentando los modelos de universidad de Humbolt, Newman, Jaspers y Ortega y Gasset. Del mismo autor se puede consultar la voz “Università” en la versión en línea del *Dizionario Interdisciplinare di Scienza e Fede* (DISF), URL: <http://www.disf.org/Voci/168.asp>.

11 K. JASPERS – K. ROSSMANN, *Die Idee der Universität*, cit., p. 1.

12 BENEDICTO XVI, *Discurso preparado para el encuentro en la Universidad de Roma «La Sapienza»*, (17/1/2008). Este discurso no tuvo lugar por causa de las protestas de algunos miembros laicistas de la comunidad universitaria.

13 JUAN PABLO II, *Discurso al claustro de profesores de la Universidad de Bolonia*, (18/4/1982).

que la universidad nació son únicas: no hubiera podido existir sin la conjunción providencial de la racionalidad griega con la revelación judeocristiana que ha tenido lugar en la cultura europea.

Por una parte, la revelación judeocristiana explica el origen de todo como una creación libre y gratuita de Dios por medio de su Palabra (*Logos*) a partir de la nada (*creatio ex nihilo*), sin que Dios quede condicionado por su acción creadora. Además, el Dios judeocristiano no es simplemente *algo*, una fuerza o potencia infinitas, sino que es *alguien*, es decir, un tú que no sólo crea, sino que se pone en relación personal con el hombre, su criatura. Esta concepción del origen último de la realidad a partir de la acción de un Dios personal da a la experiencia humana un cuadro general de sentido muy distinto, tanto de la cosmovisión que nace en la India a partir de las tradiciones hindúes o budistas, como del *Tao* chino expresado en el pensamiento de Lao-Tsé y Confucio, aunque existen evidentemente puntos de contacto con ellas.

Para el cristiano, todo —lo natural y lo sobrenatural, lo visible y lo invisible, lo mutable y lo eterno, ...— tiene como origen último la Sabiduría y el Amor divinos, y a Dios se ordena como su último fin (*telos*). Las cosas dan gloria a su Creador siendo lo que son y desplegando las potencialidades de que están dotadas. Por otra parte, la racionalidad griega veía en el mundo no un caos, sino un *cosmos*, es decir, una totalidad armónicamente ordenada según leyes necesarias y provista de sentido. Para la grande cultura griega que tuvo como foco de irradiación la Atenas de los siglos V a III antes de Cristo, el hombre es capaz de comprender la naturaleza o el ser de las cosas, porque todo está bañado por la luz del *logos* (palabra o razón).

Sin embargo, aunque exista un punto de unión entre la revelación judeocristiana y la racionalidad griega, porque ambos consideran racional y llena de sentido a la realidad, pues el *logos* está presente en ella, la explicación del por qué último y definitivo del ser del universo las separa. Para el espíritu griego el problema a fin de cuentas no se pone, ya que el mundo existe necesaria y eternamente junto con Dios, su primer principio. En cambio, para el cristiano lo único necesario y eterno es Dios. Dios no necesita de sus criaturas para completar su propio ser, su gloria o su felicidad: ha hecho gratis el mundo y el hombre, para comunicarles su amor infinito. La verdad revelada de la creación de la nada es un misterio inescrutable que escapa a la comprensión meramente racional del hombre, pues va más allá de cualquier *lógica* que el hombre pueda concebir. El desconcierto que la gratuitad de la existencia produce al pensamiento puramente racional, se refleja muy bien en la pregunta que planteaba el filósofo racionalista alemán Gottfried Wilhelm von Leibniz (1646-1716) como primer interrogante de la reflexión filosó-

fica: «¿por qué existe algo en vez de (*que no exista*) nada?»¹⁴.

En este preciso sentido de continuidad, conjunción y enriquecimiento entre Atenas y Jerusalén, se puede decir que «la institución de educación superior que a partir del siglo XIII empezaría a llamarse “Universidad”, es la heredera del mismo impulso intelectual y moral que dio origen al Liceo de Platón, la Academia de Aristóteles o el Jardín de Epicuro, sin olvidar el considerable influjo del monaquismo, hasta desembocar en la Escuela Palatina de Aquisgrán y las escuelas catedralicias diseminadas por Europa occidental en la Baja Edad Media. Estos círculos de amantes del saber agrupados en torno a los maestros son los antepasados directos de los *Studia Generalia* que fueron, a su vez, precedentes inmediatos de las universidades, término cuyo empleo se hizo habitual a partir del siglo XIII, después de que se hiciera referencia a los Estudios de la ciudad de París como *Universitas magistrorum et scholarium Parisium commorantium*»¹⁵.

El currículo de estudio de la universidad medieval se fundaba sobre la visión cristiana del mundo, unitaria y armónica, que espoleaba al hombre a intentar conocer mejor en sus detalles. Cada facultad estudiaba un ámbito de la realidad, sin perder de vista su conjunto. La universidad era una corporación dotada de unidad e identidad propias, en las que cada miembro sabía cuál era su lugar y función en la común tarea de investigación y enseñanza. Esto no quita que en ella se hayan dado constantes tensiones, no sólo entre las distintas facultades sino también entre las distintas agrupaciones que la formaban: la facultad de teología vs. las facultades de artes, los profesores vs. los estudiantes, los seculares vs. los religiosos, las naciones latinas vs. las naciones germanas, etc. Sin embargo, todos los miembros de la comunidad universitaria se sentían unidos en el cometido de llevar a cabo una tarea común: la búsqueda de respuestas a la pregunta sobre el ser de la realidad. Todavía en el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, si bien muy debilitado, este sentimiento ha sido un factor de unidad de la universidad¹⁶. Aunque, «como es lógico, las diferencias de naturaleza y metodología propias de las diversas ciencias –empíricas, humanas y sociales–, los variados planteamientos y la legítima diversidad de opciones y opiniones de cada profesor, darían como resultado un abanico de respuestas muy distintas; y esa diversidad es un elemento

14 G. W. VON LEIBNIZ, *Principios de la naturaleza y de la gracia fundados en razón*, (1714), § 7.

15 M. GARCÍA AMILBURU, *La misión de la universidad en y para el siglo XXI en los textos recientes de Benedicto XVI*, «Estudios sobre educación», 18 (2010), p. 280 [<http://hdl.handle.net/10171/9831>].

16 Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el Encuentro Europeo de profesores universitarios*, (23/6/2007) [http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2007/june/documents/hf_ben-xvi_spe_20070623_european-univ_sp.html].

enriquecedor y positivo de la vida universitaria. Pero por encima de los diferentes planteamientos, les unía la misma finalidad, el mismo empeño: todos, cada uno desde su ámbito propio, tendían a constituir una *universitas studiorum*, en la que se reconocían y expresaban como personas, participando en la búsqueda “sinfónica” de la verdad»¹⁷.

2. La moderna fragmentación e instrumentalización del saber

La Modernidad ha sido testigo del nacimiento de un nuevo modo de investigación de la naturaleza que revolucionó el mundo, acelerando el progreso material de la humanidad por la aplicación tecnológica de ese nuevo saber. Una de las claves del éxito de la nueva ciencia es la exclusión de su ámbito de investigación de todo lo que no pueda ser medido. Desde entonces los fenómenos físicos deben ser explicados acudiendo sólo a causas y leyes físicas, que pueden ser cuantificadas, es decir, verificadas empíricamente. El gran acierto del uso del método experimental en el ámbito de las realidades físicas llevó a que se convirtiera en el modelo al que debía tender o adecuarse el hombre de ciencia, si quería poseer un saber cierto acerca de la realidad.

Sin embargo, la aplicación generalizada del método galileano a todos los campos del saber no ha estado exenta de problemas. Su extensión indebida, más allá de su campo natural de aplicación, ha dejado fuera de lo científicamente conocible todo lo que no es directa o indirectamente verificable a nivel empírico-sensible. En consecuencia, lo que se considera como verdadero se restringe, porque «si la verdad (*veritas*) supone la verificabilidad —en una u otra forma—, el criterio que mide el conocimiento no es ya su verdad, sino su certeza. Por eso el auténtico *ethos* de la ciencia moderna es, desde que Descartes formulara la clásica regla de certeza, que ella sólo admite como satisfaciendo las condiciones de la verdad lo que satisface el ideal de certeza»¹⁸.

El estrechamiento del horizonte de la experiencia que la nueva ciencia pone en acto está acompañado de la explicación reductiva de los fenómenos, pues sólo se investigan sus causas material y agente. La perspectiva teleológica o finalista queda fuera del campo de visión de la ciencia moderna galileana, ya que la finalidad

17 M. GARCÍA AMILBURU, *La misión de la universidad en y para el siglo XXI en los textos recientes de Benedicto XVI*, cit., pp. 284-285. Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a los profesores y alumnos de la Universidad de los Estudios de Parma*, (1/12/2008) [http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2008/december/documents/hf_ben-xvi_spe_20081201_univ-parma_sp.html]; *Discurso a los participantes en el Encuentro Europeo de profesores universitarios*, cit.

18 H.-G. GADAMER, *¿Qué es la verdad?* (1957), en *Verdad y Método II*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 54.

de las cosas —lo que explica el por qué de su ser, o sea, la intención del *logos* creador, sea este divino o humano— no es algo cuantificable. Un epigrama de Sir Francis Bacon (1561-1626) expresa en modo mordaz la pérdida de interés científico de la investigación de las causas finales de los fenómenos físicos: «La investigación de las causas finales es estéril y, como una virgen consagrada a Dios, nada da a luz»¹⁹.

Y así, el interés por el sentido o finalidad intrínseca de las cosas desaparece, y su ser queda al arbitrio de quienes tecnológicamente las manipulan, gracias al poder que la ciencia ahora otorga al hombre. También se pierde el carácter unitario y armónico del saber humano que reinaba en la cosmovisión europea medieval, fundada en el *logos* impreso por Dios en la creación. El conocimiento sapiencial y holista es remplazado por un conjunto de ciencias sectoriales y especializadas, y la explotación tecnológica de los recursos naturales sustituye al ancestral modelo de cultivo de la naturaleza. Los puntos de referencia se pierden. En un poema de 1934, Thomas S. Eliot expresa la sensación de que en la visión del mundo europea se ha perdido algo esencial: «*Where is the Life we have lost in living? / Where is the wisdom we have lost in knowledge? / Where is the knowledge we have lost in information?*»²⁰.

Este nuevo clima ha incidido profundamente en la institución universitaria: parece que en la actualidad su misión ya no es la investigación y docencia de una realidad que se contempla como una unidad provista de un fin y sentido propios. Como señala acertadamente Alasdair MacIntyre en un reciente ensayo, al día de hoy en las universidades estadounidenses «la fragmentación de la investigación y la fragmentación de la comprensión de la realidad simplemente se dan por hecho»²¹. Y junto con la fragmentación del saber, también ha desaparecido el espíritu de cuerpo que caracterizaba a la universidad medieval. Ya no se reconoce una tarea común, compartida por todos los miembros de la comunidad universitaria. Como escribía con un poco de sorna Clark Kerr, quien fuera presidente del sistema de universidades estatales de California y creador del término “Multiversidad”, la universidad es actualmente «una serie de académicos emprendedores a

19 F. BACON, *De dignitate et augmentis scientiarum*, (1623), 111, 5.

20 «¿Dónde está la vida que hemos perdido viviendo? / ¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido conociendo? / ¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido informándonos?» [T. S. Eliot, *Choruses from the Rock*, 1934].

21 A. MACINTYRE, *God, Philosophy, Universities*, Rowman & Littlefield, Lanham 2009, p. 14; Cfr. J. M. GIMÉNEZ AMAYA, *Diagnóstico de la universidad: un paradigma de la fragmentación (omni)presente. Apuntes para una reconstrucción*, «Acta Philosophica», 22/2 (2013), pp. 217-234.

los que tiene unidos la común queja sobre los problemas de estacionamiento»²².

Pero no todo son sombras en el cuadro de la universidad contemporánea. Las nuevas circunstancias han traído también cambios positivos. «Se introdujo en la institución universitaria un vector de futuro, y una orientación antropocéntrica, a cuya luz cabe explicar benéficos desarrollos posteriores de esta institución, incluida su democratización en el pasado siglo (...) y su contemporánea ampliación en la línea de la llamada “tercera misión” (*su función social*)»²³. En el siglo XX, la formación universitaria fue uno de los ascensores sociales más veloces, y continúa ejercitando esta benéfica función. En efecto, la proliferación en los últimos cien años de universidades estatales, y de fundaciones privadas o gubernamentales que dan becas a estudiantes sin recursos económicos, ha hecho asequible la formación universitaria a amplios estratos de la población, mejorando rápidamente sus perspectivas de futuro.

Al mismo tiempo, por desgracia, la pasión por la verdad que alimenta el quehacer universitario se ha debilitado enormemente. Ahora con mucha frecuencia se tiende a concebir la universidad sobre todo como una institución de enseñanza e investigación cuyo fin es sólo pragmático: el fomento del avance tecnológico y el progreso de la sociedad. «El conocimiento entendido como actividad vital capaz de estructurar e inspirar un modo de convivencia entre profesores y alumnos, parece estar cediendo terreno ante el conocimiento entendido como actividad encaminada a producir resultados aptos para el consumo, en un proceso de carácter sistémico cuya propia dinámica tiende a expulsar a la periferia los aspectos realmente esenciales, relativos al crecimiento de la vida intelectual»²⁴. La universidad contemporánea, en vez de formar a las personas para ayudarlas a vivir en plenitud, y de este modo contribuir a la construcción y mejora integral de la sociedad, con frecuencia se convierte en una empresa que ofrece sus productos en un mercado competitivo: instrucción especializada para las fuerzas productivas e investigación tecnológica de punta. En la actualidad, «los valores tradicionales de la universidad: libertad de cátedra y de aprendizaje, elección individual de carrera, formación para la libertad, independencia de criterio y formación integral de la persona, son sustituidos por los nuevos valores de la eficacia, la movilidad, la dependencia y, sobre todo, el valor económico (...). Se perfila así el paso de la lógica de

22 C. KERR, *The Uses of the University*, Harvard University Press, Cambridge (MA) 2001⁵, p. 15. Cfr. S. MARGINSON, *Clark Kerr and The Uses of the University*, (15/12/2008), p. 5 [http://www.cshe.unimelb.edu.au/research/res_seminars/issues_ideas/2008/docs/ClarkKerr15Dec08.pdf].

23 A. M. GONZÁLEZ, *La identidad de la institución universitaria* [<http://hdl.handle.net/10171/20088>]. La aclaración entre paréntesis es mía.

24 *Ibid.*.

los conocimientos que ha sido distintiva de la formación universitaria, a la lógica de las competencias propia del mercado»²⁵. En pocas palabras, la sed de verdad se agota, o pasa a segundo plano, si no es que desaparece completamente. Y así se abren las puertas a la utilización de la universidad para fines extraños a su misión por parte de los poderes que en cada momento dominen la sociedad, ya sean estos ideologías políticas o las fuerzas económicas que mueven los mercados.

En su visita a Praga en septiembre de 2009, dirigiéndose a la comunidad universitaria, Benedicto XVI ponía en relación la contemporánea fragmentación del saber con el peligro real de la pérdida de autonomía de la labor universitaria. En efecto, «con el crecimiento masivo de la información y de la tecnología surge la tentación de separar la razón de la búsqueda de la verdad. Sin embargo, la razón, una vez separada de la orientación humana fundamental hacia la verdad, comienza a perder su dirección. Acaba por secarse, bajo la apariencia de modestia, cuando se contenta con lo meramente parcial o provisional, o bajo la apariencia de certeza, cuando impone la rendición ante las demandas de quienes de manera indiscriminada dan igual valor prácticamente a todo. El relativismo que deriva de ello genera un camuflaje, detrás del cual pueden ocultarse nuevas amenazas a la autonomía de las instituciones académicas»²⁶. Nos recuerda también que la búsqueda de la verdad requiere libertad, pero al mismo tiempo la garantiza, pues quien deja de buscar la verdad acaba perdiendo la libertad: «la fidelidad al hombre exige la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de libertad»²⁷. La voz profética de Karl Jaspers ya nos alertaba en 1923 sobre este peligro que amenaza siempre a la institución universitaria. Ésta «se encuentra en una encrucijada. O realiza la idea del conocimiento de la verdad y todas las iniciativas espirituales que brotan de ella, y esto hasta el fondo en todas las direcciones, o pierde la idea (*de la verdad*) y se convierte en un simple aparato de instrucción, dejando entonces un espacio abierto para que surja una maquinaria totalitaria»²⁸. Por desgracia la manipulación de la universidad por parte de regímenes dictatoriales e ideologías totalitarias fue un hecho durante el siglo XX, y sigue siendo una posibilidad para este siglo XXI. De allí la importancia de una autonomía universitaria fundada en la motivación misma de su ser: la búsqueda apasionada de la verdad.

25 S. CORRALES, *La Misión de la Universidad en el Siglo XXI*, «Razón y Palabra», 12/57 (2007), p. 4 [<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199520710012>].

26 BENEDICTO XVI, *Discurso Encuentro con el mundo académico (Salón de Vladislav del Castillo de Praga)*, (27/9/2009).

27 BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica «Caritas in veritate»*, (29/6/2009), § 9.

28 K. JASPERS – K. ROSSMANN, *Die Idee der Universität*, cit., pp. 9-10.

3. Verdad y libertad académica

La verdad posee valor en sí misma, aunque su conocimiento sea también algo útil y necesario para la vida humana. La ciencia hace posible la técnica, pero no debe estar condicionada por ella, es decir, no puede ser reducida a simple medio para la obtención de otros objetivos. La verdad puede ser *instrumento*, pero no puede ser *instrumentalizada*. Como señalaba Juan Pablo II en el discurso al claustro de la Universidad de Bolonia que ya hemos mencionado anteriormente, «la libertad es desde siempre condición esencial para el desarrollo de una ciencia que conserve su dignidad íntima de búsqueda de la verdad y no se vea reducida a una pura función, manipulada al servicio de una ideología, para satisfacción exclusiva de fines inmediatos, de necesidades sociales materiales o de intereses económicos, de enfoques del saber humano inspirados únicamente en criterios unilaterales o parciales, propios de interpretaciones tendenciosas y, por tanto, incompletas de la realidad. ¡La ciencia puede influir tanto más eficazmente sobre la praxis cuanto más libre está para la verdad!»²⁹.

Como señala Jaspers, la comunidad universitaria «tiene una vida propia, autonomía respecto al Estado, fundada en la idea (*de universidad*), una idea que posee carácter supra estatal, supra nacional, mundial. En ella se fundamenta la posibilidad de exigir y el hecho que se garantice a la comunidad universitaria la libertad de investigación y de enseñanza. Esto quiere decir que deben buscar la verdad y enseñar con independencia de deseos y directivas que quieran estrechar sus miras, ya sea que provengan de fuera o de dentro»³⁰. El hecho de que se instituya como una comunidad de profesores y estudiantes abocados a la investigación de la verdad hace que «la universidad <sea> una escuela, pero una escuela muy especial. En ella los estudiantes no sólo reciben lecciones, sino también deben participar, por medio de la enseñanza de los profesores en la tarea investigadora, y con ello su vida recibe una cierta caracterización por el pensamiento científico. Los estudiantes son ellos mismos responsables del ideal de la universidad. Tienen que seguir críticamente a sus profesores. Tienen la libertad de aprender. Para el profesor existe el compromiso de transmitir la verdad a través de la ciencia. Él tiene la libertad de enseñar»³¹. Por eso, para poder llevar a cabo su misión en un ambiente libre de presiones ajenas a la búsqueda de la verdad, desde sus inicios la comunidad universitaria buscó y obtuvo de las autoridades supra nacionales de la época (el Papa y el Emperador) estatutos que le concediesen autonomía ante las autoridades locales o nacionales.

29 JUAN PABLO II, *Discurso al claustro de profesores de la Universidad de Bolonia*, cit.

30 K. JASPERS – K. ROSSMANN, *Die Idee der Universität*, cit., p. 2.

31 *Ibid.*, pp. 1-2.

Porque necesita de la verdad para vivir en libertad, la sociedad civil debe continuar defendiendo la libertad de los miembros de la comunidad universitaria para investigar y enseñar la verdad siguiendo las reglas y los métodos de cada ámbito del saber, sin injerencias externas que busquen manipular la orientación o los resultados de dicha investigación o docencia. «No puede construirse ningún sistema democrático propiamente dicho si la ciudadanía no está preparada intelectualmente para el necesario discernimiento de todos los hechos que se le presentan a diario ante sus ojos y su conciencia (...). Si una democracia no posee esta *fons salutis* que significa disponer de una capa social muy bien preparada intelectual, política y cívicamente, entonces cae, a menudo de manera beatífica, en las formas más perversas del regimiento de la cosa pública: la plutocracia, la burocracia, la mercadocracia y, en el límite, los totalitarismos disfrazados con las máscaras más sofisticadas»³².

Pero no se debe confundir la libertad de investigación y docencia que debe reinar en la universidad, con la libertad de expresión de las propias ideas, que hay que garantizar en el debate público para que la discusión política en una sociedad democrática sea un diálogo fructífero y enriquecedor. Se trata de expresiones muy diversas de la libertad. Como aclara el mismo Jaspers, la libertad académica «no quiere decir tener derecho de hacer todo lo que a uno le da la gana..., porque ella existe sólo cuando hay una finalidad científica y en sincero compromiso con la verdad»³³. Sin la guía de la verdad, como en todos los ámbitos, la libertad en campo académico carece de sentido. Más aún, aclara Jaspers, «sin verdad no hay libertad, y sin libertad no hay paz. En medio de las sombras generalizadas esta intuición puede dar su máxima elevación al sentido de la universidad. En común unión a esta idea, la luz de la verdad debe llegar a brillar en todas las facultades, en cada una de sus numerosas modalidades»³⁴.

4. Retomar la perspectiva sapiencial

Ante el panorama desolador de la fragmentación e instrumentalización del saber que afectan gravemente a la formación universitaria contemporánea, no tiene

32 J. LLOVET, *Adiós a la universidad. El eclipse de las humanidades*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2011, p. 357. Tomado de A. LLANO, *¿Ocaso de las Humanidades?*, «Revisiones», 7 (2012/2011), pp. 189-190 [<http://hdl.handle.net/10171/22000>].

33 K. JASPERS – K. ROSSMANN, *Die Idee der Universität*, cit., pp. 154-155. Se puede ver la coincidencia de miras con Benedicto XVI, que afirmaba en su discurso «la autonomía propia de la Universidad (...) encuentra significado en la capacidad de ser responsable frente a la verdad» [BENEDICTO XVI, *Discurso Encuentro con el mundo académico (Salón de Vladislav del Castillo de Praga)*, cit.].

34 K. JASPERS – K. ROSSMANN, *Die Idee der Universität*, cit., p. 9.

sentido añorar los tiempos de la *alma mater studiorum* medieval o renacentista. Las circunstancias en las que la universidad vio la luz, y los desafíos que entonces tuvo que afrontar en su misión formativa en servicio de la sociedad, son muy distintas a las actuales. Vivir sumidos en la nostalgia de un pasado que jamás volverá sirve para muy poco. En cambio, es de capital importancia lograr que las instituciones universitarias mantengan o recuperen su identidad y espíritu originarios. En pocas palabras, que renazca o se fortalezca en ellas la *pasión por la verdad*. Esta renovación se puede sintetizar en la llamada que en 2009 hizo Benedicto XVI al mundo universitario en su visita a Praga a «retomar la idea de una formación integral, basada en la unidad del conocimiento enraizado en la verdad»³⁵. Y una vez renovada en sus motivaciones más íntimas, la universidad recuperará su vocación de liderazgo intelectual en la sociedad. Pero esto no será posible si no se para y se da marcha atrás a la marea pragmatista que la arrastra.

La universidad debe volver a ser una escuela de sabiduría. El estudiante e investigador universitarios necesitan urgentemente mucho más: tienen que ser formados en una mentalidad sapiencial que les ayude a colocar, ordenada y armónicamente en su propia vida y en la vida de la sociedad, los conocimientos especializados que aprenden y ejercitan, porque «al universitario, en cuanto intelectual, le compete el ejercicio de la sabiduría (*sofia*) y no sólo de las ciencias especializadas y sectoriales (*episteme*); una sabiduría a la que corresponde una universalidad propia de la *universitas*, que no deriva de la mera yuxtaposición de resultados sectoriales ni de un enciclopedismo erudito, sino del esfuerzo por encaminarse hacia una intelección de la dimensión esencial de los temas y, en cuanto radical, de carácter integral, fundamentado y resolutivo»³⁶. Todo esto sin descuidar la investigación y enseñanza especializadas en los más variados ámbitos del saber.

Por tanto, no basta aprender habilidades o competencias. «Dicho en términos más precisos, las enseñanzas que se transmiten en una universidad no se pueden restringir a ofrecer una formación específica (*Ausbildung*), ayudando a desarrollar la razón instrumental o metódica que caracteriza a cada ámbito académico. La tarea enunciada es imprescindible, pero no suficiente. La universidad debe permitir que el alumno adquiriera una formación de tenor intelectual más completa (*Bildung*), formación que no proviene de la acumulación cuantitativa de destrezas e

35 BENEDICTO XVI, *Discurso Encuentro con el mundo académico (Salón de Vladislav del Castillo de Praga)*, cit..

36 L. ROMERA, *La razón responsable y la Universidad. El lugar de la teología*, en S. SÁNCHEZ-MIGALLÓN – J. M. GIMÉNEZ AMAYA (eds.), *La fe en la universidad*, Instituto de Antropología y Ética. Grupo de investigación «Ciencia, razón y fe» (CRYF) - Universidad de Navarra, Pamplona 2013, p. 34 [<http://www.unav.es/cryf/lafeenlauniversidad.pdf>].

información, sino de lograr comprensiones de mayor penetración y alcance»³⁷. Para poder proporcionar esta formación integral que la entera sociedad necesita, la comunidad universitaria debe defender a las facultades de artes y humanidades (filosofía, literatura, filología, etc.) de aquellos que miden la utilidad de la investigación y docencia sólo en términos económicos o de prestigio social³⁸.

No habrá peligro de que la universidad se encierre en la torre de cristal de un conocimiento meramente contemplativo, o de que simplemente desarrolle metodologías para resolver problemas técnico-productivos (*know-how*), si lo que ella enseña es la verdadera sabiduría, es decir, esa luz prudencial que guía la praxis, ayudando al hombre no sólo a hacer las cosas *bien*, sino a hacer *el bien*. En efecto, «ante los dilemas prácticos, sensatez significa no limitarse al ejercicio de la razón instrumental o técnica, que se ciñe a la identificación de los medios eficaces para lograr un objetivo propuesto, sino que enfoca la acción desde una consideración más completa de lo que está en juego, en atención a la totalidad de la persona y a las diferentes dimensiones de la acción. El intelectual podrá colaborar en el crecimiento de las personas y en la edificación de la sociedad si consigue conectar los problemas que surgen con una visión íntegra del ser humano y de la sociedad, de su identidad y teleología. Se podría añadir, para ilustrarlo, que el intelectual, en la medida en que se sitúa en un horizonte de mayor alcance, sapiencial, será capaz de reconducir los problemas sectoriales (empresariales, laborales, sanitarios, técnicos, profesionales, etc.) a una instancia de mayor magnitud, significado y repercusión»³⁹.

Sin embargo, no cualquier visión sapiencial o idea del mundo y del hombre pueden fundar la misión de la universidad. Como hemos mencionado anteriormente, ésta debe ser una visión *integral*, lo que no quiere decir que sea ya completa o perfecta, sino una visión que está abierta a todas las facetas del ser, y que no evita o desprecia la pregunta sobre la verdad de su fundamento último: Dios, porque «el hombre no puede comprenderse plenamente a sí mismo si prescinde de Dios»⁴⁰. Aquí volvemos a palpar la conexión íntima entre universidad y verdad, en este caso, la verdad última sobre la realidad. En efecto, sin este punto de referencia fundamental y originario, el hombre «no puede responder a los interrogantes fundamentales que agitan y agitarán siempre su corazón con respecto al fin y,

37 *Ibid.*, p. 10.

38 A. LLANO, *¿Ocaso de las Humanidades?*, cit., p. 188.

39 L. ROMERA, *La razón responsable y la Universidad. El lugar de la teología*, cit., p. 35.

40 BENEDICTO XVI, *Discurso a un Seminario organizado por la Congregación para la Educación Católica*, (1/4/2006)
[http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/april/documents/hf_ben-xvi_spe_20060401_cath-educ_sp.html].

por tanto, al sentido de su existencia»⁴¹. Ahora bien, para buscar respuestas a la pregunta acerca del fundamento último de todo no basta que en la universidad se fomente la reflexión filosófica, porque ésta «aspira a una visión integral del ser humano y de la realidad, pero no sitúa en el último horizonte de consideración, ni permite adentrarse hasta el núcleo ontológico concluyente del hombre»⁴².

La investigación y docencia universitarias deben ir más allá, superando falsos prejuicios contra la verdad revelada, para recuperar el marco de sentido en el que nació la universidad: la visión cristiana del mundo. En pocas palabras, la sabiduría que ilumina el quehacer universitario tiene que ser también *teológica*. Si no será así, o sea, si no se llega a dar una reflexión seria sobre la fe cristiana en la universidad misma, su renovación se quedará truncada⁴³. Para esto, dicha reflexión deberá ser auténtico trabajo universitario, es decir, «una especulación que nos lleve no a asumir lo creído como algo dado por descontado, sino a percibirlo en su riqueza intelectual, de tal modo que identifique sus repercusiones para nuestra sociedad y sea capaz de expresarlo de manera que sea inteligible y convincente»⁴⁴.

Bibliografía

BACON, F., *De dignitate et augmentis scientiarum* (1623).

BENEDICTO XVI, *Discurso a un Seminario organizado por la Congregación para la Educación Católica* (1/4/2006)

[http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/april/documents/hf_ben-xvi_spe_20060401_cath-educ_sp.html].

—, *Discurso durante la visita a la Universidad Gregoriana de Roma* (3/11/2006)

[http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/november/documents/hf_ben-xvi_spe_20061103_gregoriana_sp.html].

—, *Discurso a los participantes en el Encuentro Europeo de profesores universitarios* (23/6/2007)

[http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2007/june/docu

41 BENEDICTO XVI, *Discurso durante la visita a la Universidad Gregoriana de Roma*, (3/11/2006) [http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/november/documents/hf_ben-xvi_spe_20061103_gregoriana_sp.html]. Cfr. M. GARCÍA AMILBURU, *La misión de la universidad en y para el siglo XXI en los textos recientes de Benedicto XVI*, cit., p. 288.

42 L. ROMERA, *La razón responsable y la Universidad. El lugar de la teología*, cit., p. 46.

43 Cfr. R. HÜTTER, *University Education, the Unity of Knowledge, and (Natural) Theology: John Henry Newman's Prophetic Provocation*, «Acta Philosophica», 22/2 (2013), pp. 235-256.

44 L. ROMERA, *La razón responsable y la Universidad. El lugar de la teología*, cit., p. 52.

- ments/hf_ben-xvi_spe_20070623_european-univ_sp.html].
- , *Discurso preparado para el encuentro en la Universidad de Roma «La Sapienza»* (17/1/2008).
- , *Discurso a los profesores y alumnos de la Universidad de los Estudios de Parma* (1/12/2008)
[http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2008/december/documents/hf_ben-xvi_spe_20081201_univ-parma_sp.html].
- , *Carta Encíclica «Caritas in veritate»* (29/6/2009).
- , *Discurso Encuentro con el mundo académico (Salón de Vladislav del Castillo de Praga)* (27/9/2009).
- BENNER, D., *Wilhelm von Humboldts Bildungstheorie*, Juventa, Weinheim 2003³.
- CORRALES, S., *La Misión de la Universidad en el Siglo XXI*, «Razón y Palabra» 12/57 (2007) [<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199520710012>].
- GADAMER, H.-G., *¿Qué es la verdad? (1957)*, en *Verdad y Método II*, Sígueme, Salamanca 1992, pp. 51-52.
- GARCÍA AMILBURU, M., *La misión de la universidad en y para el siglo XXI en los textos recientes de Benedicto XVI*, «Estudios sobre educación» 18 (2010), pp. 277-293 [<http://hdl.handle.net/10171/9831>].
- GIMÉNEZ AMAYA, J. M., *Diagnóstico de la universidad: un paradigma de la fragmentación (omni)presente. Apuntes para una reconstrucción*, «Acta Philosophica» 22/2 (2013), pp. 217-234.
- GONZÁLEZ, A. M., *La identidad de la institución universitaria* [<http://hdl.handle.net/10171/20088>].
- GUARDINI, R. – DIRKS, W. – HORKHEIMER, M., *Die Verantwortung der Universität*, Werkbund-Verlag, Würzburg 1954.
- HÜTTER, R., *University Education, the Unity of Knowledge, and (Natural) Theology: John Henry Newman's Prophetic Provocation*, «Acta Philosophica» 22/2 (2013), pp. 235-256.
- JASPERS, K. – ROSSMANN, K., *Die Idee der Universität*, Springer, Berlin-Heidelberg 1961.
- JUAN PABLO II, *Discurso al claustro de profesores de la Universidad de Bolonia* (18/4/1982).
- KERR, C., *The Uses of the University*, Harvard University Press, Cambridge (MA) 2001⁵.
- VON LEIBNIZ, G. W., *Principios de la naturaleza y de la gracia fundados en razón* (1714).
- LLANO, A., *¿Ocaso de las Humanidades?*, «Revisiones» 7 (2012/2011), pp. 185-192 [<http://hdl.handle.net/10171/22000>].

Publicado en *Senderos de verdad* - 2, Sociedad Mexicana de Ciencias, Artes y Fe, México, D. F. 2015, pp. 208 - 227.

- LLOVET, J., *Adiós a la universidad. El eclipse de las humanidades*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2011.
- MACINTYRE, A., *God, Philosophy, Universities*, Rowman & Littlefield, Lanham 2009.
- MARGINSON, S., *Clark Kerr and The Uses of the University* (15/12/2008) [http://www.cshe.unimelb.edu.au/research/res_seminars/issues_ideas/2008/docs/ClarkKerr15Dec08.pdf].
- MARITAIN, J., *Pour une philosophie de l'éducation*, Fayard, Paris 1959.
- NEWMAN, J. H., *The idea of a university: defined and illustrated: I. in nine discourses delivered to the Catholics of Dublin, II. in occasional lectures and essays addressed to the members of the Catholic University*, Loyola University Press, Chicago 1987.
- ORTEGA Y GASSET, J., *Misión de la universidad y otros ensayos sobre educación y pedagogía*, Alianza Editorial, Madrid 2004.
- ROMERA, L., *La razón responsable y la Universidad. El lugar de la teología*, en SÁNCHEZ-MIGALLÓN, S. – GIMÉNEZ AMAYA, J. M. (eds.), *La fe en la universidad*, Instituto de Antropología y Ética. Grupo de investigación «Ciencia, razón y fe» (CRYF) - Universidad de Navarra, Pamplona 2013, pp. 13-53 [<http://www.unav.es/cryf/lafeenlauniversidad.pdf>].
- TANZELLA-NITTI, G., *Passione per la verità e responsabilità del sapere: un'idea di università nel magistero di Giovanni Paolo II*, Piemme, Casale Monferrato 1998.
- WHITEHEAD, A. N., *The Aims of Education and Other Essays*, Free Press, New York 1985.